



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

MAESTROS COMPOSITORES
APOLINAR BRULL



Es Brull un *maestrizo* de primera,
de mérito evidente,
de inspiración brillante y verdadera,
y no tan popular como debiera,
por no exhibirse con tambor batiente.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Y á mí qué?, por Eduardo Huillón.—El sereno, por José Jackson Veyán.—Paliqne, por Clarín.—A guiso de todos, por José Estremera.—La vocación, por Eduardo Navarro Gonzalvo.—El Solitario, por Manuel Matóses.—Una tontería, por Simasio Delgado.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Apollinar Rruhl.—El oso inútil.—Relaciones incipientes, por Galla.



¡Pero, qué aficionados son los forasteros á viajar en tranvía!

No hay quien logre encontrar un asiento desocupado. Sube uno á la carrera, y no puede pasar del estribo. El cobrador dice con malos modos:

—Ahí no se puede ir.

—¿Por qué?

—Porque se va V. á matar.

—Deje V. que me mate. Así como así en este mundo todo es dolor y falsía...

—Bueno, pues aunque lo sea. Súbase V.

—¿Como no quiera V. que me coloque encima de toda esa población flotante!...

A duras penas conseguimos introducirnos entre una señora redonda y un chico de diez años, que parece un cabrito á medio asar. La señora cuida de que no deterioren al muchacho; pero sus esfuerzos resultan infructuosos, porque en la plataforma va también una cocinera con un cesto lleno de provisiones, y el infeliz rapaz tiene por fuerza que meter la cara entre los comestibles.

—Mamá—dice con voz ahogada.—¿Dónde estás?

—Estoy aquí aplastada contra un caballero desconocido. Y tú, hijo de mi corazón, ¿vas bien?

—Voy junto á un pedazo de carne cruda, y llevo la nariz metida en manteca de vacas.

La señora quiere salvar á su hijo de la asfixia, pero allí nadie puede moverse, excepción hecha de un caballero de edad madura, con todas las trazas de los militares retirados, que no hace más que gruñir y agitarse en aquel océano de carne humana. A su derecha va un joven elegante, recién llegado de Teruel, donde brilla por sus prendas, y como está acostumbrado á que le consideren en la localidad, no se conforma con los codazos del militar y nos dice en voz baja:

—La prudencia tiene sus límites. A mí no me gusta faltar, pero si me pinchan...

El coche se pára cada tres minutos para que baje una señora desencuadrada por los años ó un caballero previsor, de esos que se apean con la misma solemnidad que si estuviesen bailando un minué, ó tuvieran que recorrer una senda sembrada de huevos cocidos.

Los asientos que van quedando sin ocupar son asaltados por la gente de las plataformas; pero el coche se pára y suban nuevos viajeros, que empiezan por meternos los codos por el estómago y estropearnos los pies debajo de los suyos.

Entre los recién llegados figura un matrimonio añejo, pero digno. Él trae en el ojal una condecoración, y á ella parece que le han pegado el flequillo de la frente con cola de carpintero.

—Suba, Laura—dice el esposo.

—No hay asiento—añade el cobrador.

—No importa—replica él.

Y cogiendo á su esposa por la muñeca la ayuda á subir al carruaje, diciendo:

—Anda, hijita; pon el piecico aquí. Eso es. Ahora dame la otra manita. ¡Ajajá!

—Adalberto—replica ella,—dile á uno de esos señores que se levante. Ya sabes que yo no puedo ir así.

D. Adalberto consigue meter las narices por entre los cogotes de los viajeros, y pasea la mirada por el interior del coche.

—Va aquí una señora—dice á uno de los que han conseguido sentarse.

—Bueno—contesta éste.—Pues póngame V. á sus pies.

—Tiene un callo que se le inflama con mucha facilidad.

—Que se ponga un parchecito de sebo virgen cuando se vaya á la cama.

D. Adalberto quiere insultar á aquel descortés que no para mientes en la condecoración ni en el callo de la señora; pero ella le coje por la levita diciéndole:

—Ven acá, hijo, porque sé cómo eres y temo que haya aquí una cosa muy seria. Vámonos en un *simeón*.

Los de la plataforma se echan á reír, y D. Adalberto, furioso, manda parar el coche y se baja gruñendo. Laura se arroja en sus brazos desde el estribo, dejando al descubierto un pie que parece un besugo de los grandes.

En aquel momento quiere bajarse también la cocinera; pero antes tiene que sacar del cesto la cabeza del muchacho, que sale echando manteca por todas partes. Además se le ha pegado á la frente una hoja de lechuga, y la mamá al verle lanza un grito creyendo que le sale por allí toda la sesera.

El militar, que ya ha perdido la calma por completo, empieza á repartir codazos. Exaspérase el de Teruel, ladra un vizcaíno porque le han pisado, llora el chico, asústase la madre, enfurécese uno de Castrogeriz que trae dos alforjas y un cordero vivo en los brazos, y tiene, por último, que intervenir la pareja, no sin que antes se hayan dado de bofetadas el militar, el de Teruel, el vizcaíno y el del cordero...

No hay nada más accidentado ni más peligroso en estos tiempos de *Isídras*, que un viaje en tranvía.

Aparte de lo que sufre toda persona que estime su reputación, porque aquellas apreturas rayan ya en lo escandaloso, y además le duelen á uno las carnes.

* * *

Porque á un vecino le molestaba el ruido del motor, ha quedado suprimida la luz eléctrica en el teatro de la Comedia.

Yo tengo un vecino en el piso bajo de mi domicilio, que es carnicero él, y se pasa la existencia cortando huesos con estrépito espantoso... ¡Y me callo!

Antes de que el alba asome, ya está el carnicero manejando la cuchilla y estropeándome el cráneo; pero es lo que yo digo:

—¿Qué le vamos á hacer? Peor fuera que resultase alumna del Conservatorio cualquier vecina y me martirizase con los ejercicios de Bach ó de Bertini.

El caso es que todos tenemos alguna pena interior procedente de la vecindad, y nos conformamos con ella, porque no es cosa de que mandemos recados por este estilo:

—Vengo á decir á V. de parte de mi amo, que haga usted el favor de no pegar á la señora, porque nos molestan los gritos.

Ó si no:

—De parte de mi señorita, que tenga V. la bondad de matar al chico menor, porque se pasa el día golpeando las baldosas con la cabeza.

Y el bello ideal de un vecino amante de la comodidad, sería el de recibir la siguiente respuesta:

—Bueno; dígame V. á su señorita que mañana á eso de las tres mataré á Antoñito. Ahora no es posible, porque tengo que afeitarme.

¿No les parece á VV. que si el sistema se generaliza vamos á tener que privarnos de una porción de goces domésticos? A no ser que adoptemos el sistema de ir pidiendo permiso á la vecindad, antes de emprender cualquier trabajo de puertas adentro.

Y en este caso llamaríamos á la puerta del vecino para decirle:

—Hombre, ¿me permite V. que le pegue una paliza á mi señora? Al momento concluyo. Porque si no la pego, lo va á extrañar.

LUIS TABOADA.

¿Y Á MÍ, QUÉ?...

Que la forma poética
desaparezca en breve
y esté á morir llamada
según las nuevas leyes,
en serio discutidas
por críticos muy terner,
que en eso de las formas
són hombres que lo entienden...

Y juzga usted, amiga,
que á mí afectarme puede
que mi endiablada mesa
por fin en paz me deje,
después de los seis lustros
que lleva, impertinente,
haciendo que yo pase
por hombre sin caletre?

Y ¿piensa usted, señora,
que á mí no me conviene
tirar ya la escopeta
con que ando cada viernes
matando consonantes,
hiriendo consonetes,
y persiguiendo rípios,
que peguen ó no peguen?

Por mí, venga la cosa
definitivamente,
y ciérrese el Parnaso
del modo más solemne;
y aquel que *tire al monte*
que viva, si es que puede,
de hierbas y raíces
y de agua de Hipocrene.

¿Conque á la prosa el verso
su antiguo campo cede
y, ya sin lengua lírica,
los mirlos emudecen,
y el sevillano clásico
no llama padre al Bétis,
y rómpense las arpas
que han calumniado á Bécquer?

Y ¿á mí, qué? ¿La poética
forma desaparece?
Así me verá libre
de los impertinentes
que con el abanico
ó con el álbum, vienen
para que á alguna bizca
la diga: «¿qué ojos tienes?»

Y no verá á editores
poner cara de hereje,
tratando al libro en verso
de un modo que me ofende,
diciendo que es inútil,
que coplas no las quieren,
que ya ni Núñez de Arce
ni Campoamor las venden.

Ni sudaré buscando
un consonante á *pesqui*;
y escribiré en vil prosa
muy sosegadamente,
y en prosa irán mis brindis
en bodas y banquetes,
y, si es que doy sablazos,
¡en prosa, en prosa siempre!...

EDUARDO BUSTILLO.

TIPOS DE MADRID

EL SERENO

Lechuzca con farolillo:
mocheado con gabán ruso:
buho con gorra de diapa,
ó murciélago con chuzo,
más que un sér humano es
un pajarraco nocturno.

Antes era observatorio,
aunque bastante confuso,
que pregonaba si el cielo
estaba claro ó oscuro.
Reloj de repetición
que con grito campanudo,
daba la hora por las calles
y hasta daba los minutos;
pero el progreso, que en todo
se mete, lo dejó mudo,
y hoy es guardián del comercio,
que ni aun así está seguro,
pues hay cacos muy serenos
en lo de andar al rebusco,
y con gran serenidad
dan al sereno un disgusto.

No todos son de Galicia,
pero gallegos hay muchos,
porque el oficio requiere
un carácter cacharudo,
y necesita de calma
mucho más que de discurso.

El tiene del vecindario
formado el juicio más justo,
y sabe que *las del dos*
suelen recibir algunos
parientes de cuando en cuando,
y todos *primos segundos*.

El sabe que á *la del seis*
suele acompañarla un viudo
los imparés, y un casado
los pares. Tiene dos turnos.

El sabe que don Pepito,
que es un viejo *verdill-ruido*,
en cuanto duerme á su esposa
se sale por esos mundos,
y vuelve al amanecer
casi siempre dando tumbos.

Sabe que *la del catorce*
tiene el marido en consumos,
y cuando él está de guardia
le abre á un señor don Canuto,
que dice que va al tercero
y se mete en el segundo.

El sabe que ha de dejar
entornado *el treinta y uno*,
porque hay unas señoritas
que dan *clase de dibujo*,
y es claro que á todas horas
entran y salen *alumnos*.

Todo lo sabe el sereno,
y aunque viste paño burdo,
sabe distinguir de *clases*
y sabe ganarse un duro.
Desde las doce á las dos
no cesa nunca el tumulto,
y están las ochenta llaves
siempre en danza y siempre en uso.

A las tres llama en la tienda
de vinos de otro *farruco*,
que aunque está cerrada tiene
los parroquianos ocultos.

Allí se toma *tres limpias*,
y como el invierno es crudo,
se acurraca en un portal,
y en menos de dos segundos,
aunque cantar le prohíben,
romando *canta* el Nabuco.

Como un gusano de luz
mal escondido en el sarco,
allí termina la noche,
y antes que el sol rabiando
vierta sus primeros rayos,
se levanta taciturno;
apaga el farol; bosteza;
huesa otra vez el refugio
de la taberna; se ariza
dos del *avilina imparo*,
se va derecho á su casa,
le da á su mujer el chuzo,
y cuando el mundo despierta
duerme para todo el mundo.

JOSÉ JACKSON VEYAN.

PALIQUE

Amigo Taboada: Así como para otros el bello ideal es un empleo en Ultramar, que es más allá todavía, ó *ser algo desovado*, ó un *no saben qué*, para mí el bello ideal es una escribanía de plata. Con una escribanía de plata, y con que mis artículos salieran sin oratas, sería yo feliz. Dirá V. que las escribanías de plata no están de moda. ¡Ay, amigo mío, y cuán *lindo* es V.! La plata siempre está de moda, hasta cuando se quiere aclimatar los dueros falsos. La plata y el oro son de las pocas cosas cuyo recuerdo pasará á la posteridad y durará... *mientras se habla el idioma de Cervantes*, y aun después. Y digo el recuerdo, porque los metales preciosos van desapareciendo, y con tanto turnar pacíficamente en el poder tirios y troyanos, va escondiéndose el dinero de uno en otro turno, y de uno en otro tumbo, como si lo pasasen por criba ó por cedazo. Vuelvo á mí escribanía de plata. Aparte de su valor intrínseco apreciable en pesetas, tiene para mí el inestimable de representar la tal escribanía de plata la clase simpática y pudiente de las personas acomodadas que no necesitan escribir. Usted que es observador, habrá notado que con las escribanías de plata generalmente no se escribe. Estas escribanías vienen á ser respecto de los tinteros, lo que los presidentes honorarios respecto de las mesas. Sí; una escribanía de plata es casi siempre un tintero honorario. En la mesa desde donde preside el alcalde de mi pueblo hay un monumento de plata labrada cuyo nombre es escribanía; pero jamás la tinta impédica ha manchado aquellos limpios espejos del pulido metal. Lo único que se utiliza de tal fábrica argentina es la campanilla, cuando se rompe el esquilon concejal. En casa de tal magnate, tan buen cosechero como poco *hombre de ciencia*, vulgo literato, he visto en un magnífico y *severo* despacho multitud de escopetas, pistolas, zurrones, perros de pasta, ídolos japoneses de por acá, y en medio de otros mil cachivaches, una escribanía de plata, virgen de todo contacto de pluma. El médico influyente, el cacique acreditado, el americano soñador, el académico del real Cánovas de la lengua, suelen tener escribanías de plata procedentes de regalo, escribanías que *las tienen allí* como el libro aquél de la librería de Navamorcuede, pero que no se usan, que son como las ventanas y puertas *no practicables* de los teatros. Y eso es lo que yo envidio, Taboada, el no uso de las tales escribanías. Y V. también lo envidiará. ¿Concibe V. mayor gloria que ganarse el almuerzo y la comida sin el empleo de tinta y demás trastos de manchar cuartillas? El Marqués de Pidal, por ejemplo, debe de tener su escribanía de plata, ni más ni menos que el doctor Gamisón; pues el Marqués es muy dueño de no saber poner los puatos sobre la i, ni las i,es debajo de los puatos; vamos, de no saber escribir, lo que se llama escribir; y su escribanía estará allí tan limpia y resplandeciente, sin que él deje por eso de ser académico, ni de tener el riñón cubierto, y probablemente un estómago sano como un reloj, y unos nervios pacíficos y obedientes como los ramalillos de un tiro de diligencias. ¡Los nervios! El médico me dice:—«¿Cuidese V.! ¡Higiene! ¡Poco trabajo!... Que me den una escribanía de plata con todo lo que significa, y respondo de toda la *piquis* y de toda la *phisis* (ó fisis, como diría yo), que tengo dentro del cuerpo.— ¡Cómo concilian con el mundo y sus pompas y vanidades, con el orden establecido, con los intereses creados, y en fin, con todo lo respetable, arraigado y bien comido, esos despachos *severamente* amueblados de los señorones y ricachos que, haciendo en realidad una vida *pre-cadmítica*, una vida *anti-epigráfica*, son, no obstante, *próceres ilustrados*, protectores de las letras y de los animales letrados, y tienen, entre muchos objetos *artísticos*, de un arte *severo*, de roble generalmente, una lucente escribanía de plata, que preside como un sol quieto y frío el culto silencioso de aquel santuario misterioso del no pensar en nada y digerir en paz! En los tales despachos, que admiro y envidio, suele haber de todo lo que hace falta para escribir con comodidad; cuanto la industria moderna ha descubierto para facilitar la tarea que Semíramis llevaba á cabo tajando montes, como si fueran plumas, y escribiendo en los tajos con el hieiro; cuanto hoy se ha inventado para hacer amable el papel, la pluma, el muelle apoyo en que se escribe, la luz artificial que nos alumbra, el suave calor que acaricia los pies mientras bailan los sesos, el silencio suave y como *almohadillado* que nos rodea, gracias á tapidos y *gacors* tapices, todo ello lo hay en aquel museo *caliguliano*, todo menos las gallinas, menos el arte que se debe por estas regiones á los fenicios, según muchos; todo menos el arte de escribir, don precioso. En algún caso, el azar, fabricando un epigrama, hace que en tal despacho, tan provisto de todo lo necesario para los trabajos gráficos... no falte más que tinta.

¡Tener un magnífico despacho y... no tener que escribir! ¡Mejor todavía, para más seguridad, no saber escribir! ¡Verdad que no es malo mi bello ideal! Pues bien, ya que no pueda conseguirlo, quisiera tener por lo menos lo que es para mí su símbolo. La escribanía de plata. ¿Cómo? Aquí del sotano... que vuelva á dejar para otro día, por aquello de: «Nunca regales al editor un duro.»

CLARÍN.

EL OSO INUTIL.



—Vamos á ver aquélla...



Por si acaso tarda en salir y no puedo venir á comer...



¡Ea! A la calle.



No hay nadie detrás de los visillos.



Pues paseo arriba...



Paseo abajo...



Se descansa un rato, aunque sea de mala manera.



Se leen dos ó tres veces los carteles de las esquinas para hacer tiempo...



Y ¡nada! no asoma.



Pues señor, sentémonos.



Y pasan horas, y horas...



Y llega la noche.



Y ¡vaya! que se duerme uno.



—¡Calle! ¡un méndigo!



—¡Pues no va á ser susto el del gachó cuando sedespierite!



—¡Oyes, tú, que non se puede dormir la mona en los quicius!



—Pero ¡Dios mío! ¿qué es esto? ¡Y Elisa se habrá asomado al balcón mientras yo dormía!



—Diga V., portera: ¿hay alguna novedad en el segundo de la derecha?
—Sí señor; que los inquilinos se han marchado á Valladolid esta mañana.

Á GUSTO DE TODOS

Murióse el Rey que rabió,
tras una larga agonía

—Rey que no sé todavía
dónde ni cuándo reinó—

Y en el cielo, en el instante
—porque era día de audiencia—
fue llevado á la presencia
del gran Júpiter tonante.

El cual, su mano estrechando,
le dice en cuanto le ve:

—Hola, ¿qué tal está usted?

—¡Pche! tal cual, vamos pasando.

Ahora me encuentro mejor.

—Y por el mundo ¿qué tal?

—Rematadamente mal;

no ha podido irme peor.

De pura rabia me he muerto,
y aunque el que rabió me llaman,
ni me injurian ni me infaman,
pues que he rabiado, es muy cierto.

Quise ser de buena fe
un Monarca sin segundo
y en dar gusto á todo el mundo
vanamente me afané.

Ser cariñoso y humano
era toda mi delicia;
pero en haciendo justicia
me tachaban de tirano.

Hice de clemencia alarde
por contentar á mi gente,
y en vez de hallarme clemente
me tachaban de cobarde.

MI paciencia se acabó
sin saber cómo acertar;
tanto me hicieron rabiar,
que soy el Rey que rabió.

Dijo el dios:—Le probaré
que ha vivido usted en la gloria
relatándole una historia
parecida á la de usted.

En la tierra tengo yo
una pobre lavandera
que es mi devota sincera
desde el día en que nació.

Me hace novenas mil veces,
tiene en mí todos sus goces,
me enciende cirios atroces
y me dirige mil pances.

Con tanto quererme así
es á veces importuna,
pues nunca emprende obra alguna
sin encomendarse á mí.

Está se pasa la vida
diciéndome con fervor:

«Mándame un buen sol, Señor,
que tengo ropa tendida.»

Pero ésta tiene una hermana,
mujer muy buena y muy pia,
también muy devota mía
y que es de oficio hortelana,

y dice: «Aún no han madurado
ni la guinda ni la breva;
que llueva, Señor, que llueva,
que no puedo ir al mercado.»

Si hace sol se desespera
la hortelana con razón,
y si mando un chaparrón
se aflige la lavandera.

Yo á todos quiero agradar
por su amor y por su fe;
pero eso, ya lo ve usted,
ni Dios lo puede lograr.

—Perdone que me insolente
con usted; pero á fe mía,
ese es mal que usted podía
evitar perfectamente.

ó bien haciendo secar
sin sol la ropa, aunque llueva,
ó que la guinda y la breva
puedan con sol madurar.

JOSÉ ESTREMEIRA.

LA VOCACIÓN

Tenía un hijo Ramón,
y al ver que el niño crecía,
pensó en darle profesión
honrosa, mas no quería
contrariar su vocación.

Cumpliendo un santo deber
dijo al niño: «Has de escoger
un oficio, una carrera;
pero á tu gusto, cualquiera,
será lo que quieras ser.»

Y por probar la verdad
de su aserto, con cariño
y con paternal bondad,
tuvo dos meses al niño
paseando por la ciudad.

—Mira qué confitería.
Dí ¿te gusta?—No me halaga
porque el dulce me empalaga.

—¿Mira esta zapatería!

—¿Zapatos quieres que haga?

—¿Ebanista?—No, señor.

—¿Albañil?—Eso es peor,

¡se mata cada infeliz!

—Eso es verdad. ¿Y pintor?...

—Huele tan mal el barniz!

—¿Vidrieros, hojalateros?...

—Sólo el verlos me atormenta.

—¿Quieres trabajar en cueros?...

—¡Menos!—¿Cajista de imprenta?...

¿Te gustan los cerrajeros?

—Yo, prefiero oficios finos
y limpios.—Buenas teorías...

Va encontraremos... ¿Serías
tendero de ultramarinos?...

—Venden tantas porquerías!

—Sí, pero amasan doblones

si son personas formales,
y en algunas elecciones
suelen salir concejales.

—¿Pero tienen sabañones!

—¿Torero?—Tienen mal fin
aunque es la paga segura...

—¿Cómico?—¿Quién?—¿Bailarín?...

—Tampoco.—¿Quieres ser cura?

—¿Me va á pegar *El Motín*!

—No toco ningún registro
que logre ser de tu agrado!

¿Quieres servir al Estado?

—¿Yo, no haciéndome Ministro
no quiero ser empleado!

—

Y las calles recorriendo
iban los meses pasando,
y el mozalvete creciendo,
y el buen señor proponiendo
y el zagalón no aceptando.

A sus propósitos fiel,
seguía el padre con él
la escursión, cuando una noche
por poco los mata un coche
en la calle del Clavel.

Y cuando el padre lloraba
y con paternal cariño
de entre las ruedas lo alzaba,
exclamó gozoso el niño:

—Ya encontré lo que buscaba!

¿Quiero ser eso?—¿Qué horror!—
dijo el padre entre dos besos.—

¿Tú cochero?—No, señor!

—¿Pero son cocheros esos
que van en el interior?...

E. NAVARRO GONZALVO.

EL SOLITARIO

¿Van VV. al café Suizo?

Porque él va allí con una constancia sólo comparable con su soledad.

Allí le veo un día y otro, y un año y otro hace ya tiempo, desde que

Roberto Robert me presentó en aquella sociedad de escritores bondadosos para los amigos y severos Aristarcos para los que no los tratan.

Allí va todos los días y á la misma hora con su reglón, que era ya viejo el año 54, sus guantes de castor color gris, y su bastón de caña con puño de hierro que representa la cabeza de un perro dogo.

¿Quién es el sujeto? ¡Ah! no lo sé yo, ni lo sabe Paco, que le sirve el café, ni lo sabe nadie, ni quizás lo sepa él. Porque parece uno de esos hombres que han pasado los dedos mojados en tinta por su biografía y han sepultado en el olvido todos los recuerdos. ¡Dichosos ellos!

¿Y vaya V. á averiguar quién es por su cara! Se han fijado VV. en los ídolos mejicanos?

Hablo de los ídolos mejicanos y no de los japoneses, porque éstos incitan á la risa. Su cara la comparo con la que ponen algunos escritores cuando se ríen de sus propias gracias. Parece que dicen al que les mira: «Hombre, ¿por qué no se ríe V.?»

Los ídolos mejicanos son serios, graves, una boca como el luzón de Correos, unos ojos como si fueran abiertos con el dedo meñique. La nada absoluta tras de una fisonomía.

Pues esa es la cara del Solitario, un cero, mírese por donde se mire. Este sujeto llega al café á la misma hora todos los días. Haga calor ó frío, llueva ó haga viento. Siempre con su bastón, siempre con la misma inalterable fisonomía. La única variación que se le observa es que en los días rigurosos de invierno lleva derecho el cuello de su prehistórico gabán.

Llega, como digo, al café, y si en la puerta hay aglomeración de gente que quiere entrar y salir, dando ocasión á que cada cual demuestre los grados de su educación (pues unos quieren ser los primeros en entrar y otros los primeros en ceder el paso), él espera á que cese el conflicto y entra el último, cuando no hay obstáculo ni gente que le estorbe.

Se acerca pausadamente á la mesa, siempre á la misma mesa, á la predilecta, á la suya, como él se dirá, si alguna vez habla consigo mismo.

Se sienta en la banquetta y comienza á quitarse pausadamente los guantes, como quien no tiene prisa.

Luego dirige una mirada fría, sin interés alguno, por todo el café, no para cariarsear, ni para fisgar, ni para interrogarse nada, sino para mirar, para usar los ojos de alguna manera, porque sus ojos son impasibles; se parecen á la luna, de quien todos creemos que nos mira, y sin embargo no sólo no tiene mirada sino que ni siquiera tiene calor.

Paco le sirve el café sin que espere á que se le pida. No hace falta. El Solitario no ha tomado nunca otra cosa, y eso lo saben todos los mozos del Suizo, que son observadores por entretenimiento y por profesión. Así es que cuando un mozo reemplaza á otro, ya conoce al Solitario como cada uno de nosotros los parroquianos antiguos, y el Solitario no necesita despegar los labios, cosa que debe ser muy de su agrado, porque es hombre á quien nunca hemos oído el metal de voz. Lo que hay más completo en él es la lengua, por lo poco que la usa. Yo creo que no reza para no gastar palabras ni aun con Dios.

Hay algún mozo comunicativo, de éstos que parece que aspiran á ser secretarios de sus parroquianos, que se ha aventurado á entablar conversación con el Solitario. ¡Trabajo inútil! ¡Empresa vana!

El Solitario no tiene más que dos monosílabos para todo uso.

El mozo.—¿Caracoles! ¿Qué frío hace hoy! (Eh)

El Solitario.—Sí!

El mozo.—¿Ha sabido V. algo de ese horrible crimen que se ha cometido en la calle de la Arganzuela?

El Solitario, pronunciando el ceño.—No!

El camarero no vuelve jamás á preguntarle nada.

Con el mozo que le echa el café usa todavía menos palabras.

Para decir que no quiere más café en la taza, extiende la mano como los sacerdotes cuando bautizan; luego señala la copa, donde le echan un poco de café.

Pone tres terrones en la taza y dos en la copa, y espera pacientemente á que se deshagan.

Después saca un cigarro puro, muerde la punta, enciende una cerilla, la aplica al cigarro y chupa con parsimonia.

Se reposita en el respaldo del asiento y espera. ¿A qué? A nada. á que pase el tiempo, pero sin darse cuenta de que pasa.

Y transcurren cinco minutos, y diez y quince.

Etonces revuelve el café con la cucharella muy pausadamente.

Y como si fuera un metrónomo, toma la taza, sorbe, deja la taza, descanza, vuelve á tomarla, y á beber, y á dejarla, y así hasta que concluye. Echa agua en la copa, la revuelve con el café, y vuelve á sorber... ¡marea tanta uniformidad!

Al cabo de un rato sale *La Correspondencia*, y Miguel la anuncia en voz baja (más como quien se queja que como quien pregunta una mercancía), y deja un ejemplar sobre la mesa del Solitario.

Este coge el periódico y lee los anuncios, pero todos los anuncios, y esto todos los días. Sin duda la plana de anuncios, por su monotonía, está identificada con el Solitario.

Después de la plana de anuncios, lee el folletín sin pestañear, sin sonreír, sin dar á su fisonomía expresión alguna.

Acabado de leer el folletín, dobla el periódico como si ya no hubiera en él nada que le interesara, y se le mete en el bolsillo.

Entonces saca media peseta del bolsillo y la deja sobre la mesa, sin llamar, sin golpear sobre la bandeja como hacen algunos, que parece que piden limosna para el Santo Sacramento.

El Solitario se pone los guantes y sale tan pausadamente como entró.

Ya en la calle, mira al cielo, por mirar, hace como que duda, y echa á andar en cualquier dirección.

¿Dónde va? No lo sé; no lo he podido averiguar nunca.

Una noche le seguí.

Él iba delante, muy pausadamente, como si fuera la máquina de vapor que apisona los paseos de Madrid. Dejó una calle, pasó á otra, luego á otra... me cansé, y pudo más la tenacidad del Solitario que la voluntad mía.

¿Quién sabe?—me dije.—¿Quizás este sujeto sea uno de los que no van á ninguna parte!

Y aquí terminan, por lo tanto, mis observaciones respecto del Solitario.

No sé quién es, ni qué hace, ni de qué vive.

No sé cómo se llama.

No tengo de él más datos biográficos que los que me ofrece la hora que todos los días le veo sentado frente á mi mesa.

¿Quiéren VV. conocerle? Vayan por el café Suizo.

Todas las noches á las ocho le encontrarán VV. allí.

Es un tipo digno de estudio, por una sola razón.

Por lo de que no ofrece motivo de estudio alguno.

En eso estriba mi vanagloria como pintor de tipos.

He tenido la osadía que no han tenido otros del gremio: la de pintar la nada.

MANUEL MATÓSES.

UNA TONTERÍA

Cuando vine á Madrid por vez primera,

medio muerto de frío,

mal sentado en un coche de tercera

que estaba á la sazón casi vacío,

fuf tomando amistad poquito á poco

con un sujeto alegre, medio loco,

que charló sin cesar toda la noche,

riendo mucho, y animando el coche.

—¿Y á qué va usted á la corte, criatura?—

dijo, al verme sin pelos en la cara.

—Pues voy... á la ventura.

—Pues allí la ventura es cosa rara;

cójala usted, si puede, por el pelo;

no dé usted ¡ni á su padre! una peseta,

y al llegar á Pruzuelo

guarde usted el corazón en la maleta.—

Y en lo del corazón ha resultado

que tenía razón el condenado.

Cada vez que, temiendo que se hiele,

dejo abierto el baúl, por un olvido,

me lo dan un pinchazo.... ¡y eso duele,

por mucho que uno se haga el distraído!

SINISIO DELGADO.



Felicitación y réplica dedicada á San Isidro Labrador.

Así se titula una hoja suelta que se ha vendido por ahí estos días. Y que empieza de la manera siguiente:

«San Isidro Labrador

que en el cielo estás escrito,

eres el santo bendito

favorito del Señor....»

¡Cuánto siento no poder publicarla íntegral!

Pero allá va otro pedazo:

«Las potres caballerías

no las dejan descansar,

por querer todos usar

coches, trenes y tranvías.»

¡Recontra! ¡Caballerías en los trenes! Vamos, este es de aquellos que

saben el intrínquilis y á ellos no se la da nadie. ¡Los caballos van dentro de la locomotora!

¡Y dicen que va á desaparecer la forma poética! ¡Esas trazas tiene!



Los empleados de Correos se han vuelto á aficionar á la literatura festiva, tanto, que nuestro número anterior no lo ha recibido casi ningún ciudadano de los que lo pagan.

Entre los cuales, como modelo de víctimas, no puedo menos de citar á D. Federico de la Vega, de Santander, que se queda la mayor parte de las semanas sin saber cómo son las fajas.

¡Por Dios, señores timadores! Tengan VV. un poco de consideración. No pido más que un poco.



¿Que tú orgullosa hidalguía

no se humilla al interés?

¡Si tienes hambre algún día

ya me lo dirás después!

JOSÉ BRISA.



Vuelvo á recibir, entre los perfumados pliegos de mis colegas de provincias, prospectos de la lotería de Hamburgo, hechos con la picardía que se usa en tales casos.

Juzguen ustedes:

«Bajo la garantía del gobierno! (¿De qué gobierno?) 47.391.450 reales serán alcanzados seguramente por los interesados.» ¡Eso es reventar la gramática, y lo demás es música.

Lo chusco es que, según creo, está prohibida en España la circulación de esos prospectos.

Pero... como si no lo estuviera.



En la cuestión de si están ó no caros los hospedajes en Barcelona, ha dicho *La Correspondencia* sobre poco más ó menos:

«Caballeros, no exagerar, porque en el mismo Hotel Continental hay habitaciones por el ínfimo precio de quince pesetas.»

¿Y á eso llama V. ínfimo? ¡Caramba! Usted tiene empapelada la casa con billetes de 4.000 reales, como el inglés de *Sueños de oro*.



En un ojo, Pepe Rojo

tenía una rija fija,

y para curarse el ojo,

ruje Rojo, y raja rija.



Libros:

El desfilace, ensayo dramático en un acto, por D. Joaquín Adán Berned, obra estrenada con éxito en el Teatro Principal de Huesca.

Boletín de Sanidad correspondiente al mes de Marzo de 1888, publicado por la Dirección general de Beneficencia y Sanidad.

Guía económica de Barcelona y la Exposición, libro utilísimo á los viajeros, encuadrado en tela. Precio: una peseta.

Rafael Abarca, novela de D. Juan García Nieto, 2,50 pesetas el ejemplar.

A escape y al vuelo, carta-cuenta á la Excm. Sra. Condesa de Guaquí, por D. José Zorrilla. Precio: 1,50 pesetas.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. J. S.—Linares.—No podemos devolver los originales, porque sería hacer excepciones y sentar mal precedente. No se pagan más composiciones que las de la redacción. Y sepa V. que en ninguna parte del mundo empieza nadie cobrando lo que escribe. Antes es preciso hacer que la firma valga dinero.

Sr. D. P. S.—Pero ¿V. cree que las estaciones son *verano, estío, invierno y primavera*? ¡Jesús!

Sr. D. G. de la P.—Santander.—¡Por Dios! No hable V. de esas cosas que hay señoras delante.

Pelazo.—Ni una ni otra.

Chirimbola.—Las tres cosas

son muy flojitas.

Mosquito y Garbano.—Digo lo mismito,

señor de Mosquito.

Sr. D. E. B.—Granada.—Recibí bombó. Gracias. Versos demasiado provinciales.

Geranio.—Sistema antiguo.

Marianicheta.—Mal anda V. de *aches*. ¡Mire V. que escribir *herés*! No he visto un verbo ser más desfigurado.

Gurrria.—Pero ¿no comprende V. que si me defendiendo revelo una vanidad de que Dios me libre? Pegue V. lo que quiera, que da en blando.

Sr. D. J. R.—Barcelona.—Es demasiado personal eso.

San Pedro.—No tienes job santo apóstoll ni un adarme de ortografía.

Sandunga.—Vale poco.

Chaplagarri.—Y eso vale menos todavía, que es cuanto se puede decir. *Un desgraciado*.—No está mal versificado; pero ¿cómo se atreve V. á decir que no es una vulgaridad una composición para un abanico?

Un desconstantinopolitanador.—Y que no son viejecitos los epigramas! ¡Es V. un copista vil!

Piscardino.—Es V. un gracioso de tertulia cursi.

Sr. D. T. F.—Madrid.—Vulgaridades. Inconveniente no se escribe con b, si libertad con v. Ha trocado V. los frenos.

MADRID, 1888.—Imprenta de Manuel G. Hernández, impresor de la Real Casa, calle de la Libertad, núm. 15.—Teléfono 934

MADRID CÓMICO
RELACIONES INCIPIENTES



—Joven, ¿es V. de Alcaudete por casualidad?
—¿Y á V. qué le importa?
—Lo decía porque yo tengo allí unas tierreci-

llas y un primo veterinario...
—¡Ah! ¿conque tierrecillas? Pues no soy de Alcaudete, pero soy de la provincia, *sabusté?*

ANUNCIOS

Lit. *Espiritu-Santo*, 18. Madrid

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL. LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.
En provincias no se admiten por menos de seis meses.
Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.
A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierda

Teléfono núm. 2.160

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

COMPANÍA COLONIAL
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES
ACREDITADOS CAFES
28 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
Y PARA SU DIRECTOR
LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR
en la Exposición Universal de Paris de 1878
TES.—TAPIOCA.—SAGU
BOMBONES FINOS DE PARÍS
Depósito general. . . . Calle Mayor, 18 y 20
Sucursal. Montera, 8
Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINESIO DELGADO
DIBUJOS DE CILLA
FOTOGRAFIADOS DE THOMAS, LAFORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.
PRECIO: TRES PESETAS.—A los librereros y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:
Sin encuadernar.—A los suscritores, 8 pesetas.—A los no suscritores, 10 pesetas.—*Encuadernado en tela.*—A los suscritores, 10 pesetas.—A los no suscritores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

Álbum de 50 cartulinas, que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo.—Se pondrá á la venta en el mes de Septiembre, época en que se concluirán los viajes. Se admiten encargos.

PRECIOS

Sin encuadernar. 20 pesetas
Encuadernado en tela. 25 >
Cartulinas sueltas. 0,50 >